

## EPÍSTOLA A TITO

### Introducción y cap. 1

La epístola a Tito se ocupa del orden en las iglesias de Dios. El objetivo principal de las epístolas escritas a Timoteo era poder preservar la buena doctrina, aunque es cierto que hablan de otras cosas que el apóstol utiliza para encaminar su conducta. Esto nos dice el propio Pablo. En la primera carta a Timoteo vimos que había dejado en Éfeso a su hijo amado en la fe, con el fin de vigilar que allí no se predicaran otras doctrinas. La asamblea es el pilar y el baluarte de la verdad. En su segunda epístola tenemos el medio por el que los cristianos tienen que fortalecerse en la verdad, cuando el resto ya la ha abandonado.

El apóstol dice a Tito que le había dejado expresamente en Creta para poner en orden cosas todavía deficientes y establecer ancianos en cada ciudad. Aunque piensa en los mismos peligros que al escribir a Timoteo, pasa inmediatamente a ocuparse del tema con una tranquilidad pasmosa, lo que nos viene a demostrar que no sentía la misma inquietud y que el Espíritu le tenía ocupado con la habitual línea de inspiración sobre la asamblea; así pues, esta epístola es mucho más sencilla en carácter. El camino que conviene seguir a los cristianos, en lo relativo a mantener un orden en sus relaciones mutuas, y los principios básicos en que se basa este camino, componen el asunto del libro. El estado de la asamblea deja verse poco aquí. Sí surgen las verdades que emanan de la revelación cristiana y forman los matices del libro, mucho más que en las cartas a Timoteo. Por otro lado, las profecías relativas a la condición futura del cristianismo, así como el progreso hacia su declive —que ya había comenzado—, no vuelven a mencionarse. El tono de la epístola es más apaciguado, mientras que también se declaran determinadas verdades con relación al sistema cristiano.

La promesa de la vida recibe la misma mención especial que en Timoteo, con el añadido de que esta promesa distingue al cristianismo del judaísmo, y la revelación paterna de Dios en Cristo.

Las principales líneas del cristianismo se trazan desde el comienzo. La fe de los elegidos, la verdad que es según la piedad, la promesa de la vida eterna desde antes de la fundación del mundo, y la manifestación de la palabra de Dios por medio de la predicación, forman el conjunto de los temas. El título de Salvador se añade aquí tanto al nombre de Dios como al de Cristo.

Esta introducción no carece de importancia. Su contenido presenta a Tito el característico apostolado de Pablo como asunto central de su ministerio. No se expone el judaísmo, sino la revelación de una vida y una promesa que subsistían antes de la fundación del mundo en los objetos de los consejos divinos. En consecuencia, la fe no se basa en la confesión hecha por los judíos, sino en los elegidos llevados por gracia al conocimiento de la verdad. Su fe era su especial marca en el mundo, una realidad que cobraba mayor importancia. Otros podrían adoptar esta fe como sistema, pero seguía tratándose de la fe de los escogidos. Con los judíos no pasaba igual. La confesión pública de su doctrina y la confianza puesta en las promesas divinas, pertenecían a todo el que nacía israelita. Habrá quienes pretenderán adueñarse de la fe cristiana, pero no será nada más ni nada menos que la fe de los escogidos. Su carácter es tal que la naturaleza humana no puede abarcar ni concebir, dado que se la considera una piedra de tropiezo. La fe pone al descubierto una relación con Dios, que para la naturaleza humana es inconcebible, presuntuosa e insufrible. Para los elegidos significa el regocijo del alma, la luz de su entendimiento y el sustento de su corazón; los lleva a una relación divina que es todo lo que sus corazones desean, y dependen totalmente de aquello que Dios es, lo que desea el creyente, una relación personal con él. Por tanto, la fe de los elegidos de Dios lo es también para los gentiles y los judíos.

La fe de los elegidos posee un carácter íntimo en lo que respecta a esta relación. Se trata de una relación fundamentada en Aquel que conoce el secreto de sus consejos eternos, cuyo amor hizo de los elegidos su objeto. Pero hay otra característica relacionada con todo esto: la confesión delante de los hombres. La verdad revelada, por la que Dios se da a conocer, exige la

sumisión de la mente humana y la rendición del corazón. Esta verdad lleva al alma a una relación verdadera con él, puesto que es conforme a la piedad.

La confesión de la verdad es, pues, una característica importante del cristianismo y del cristiano. Se encuentra en el corazón la fe de los elegidos, la fe personal en Dios y el secreto de Su amor, y después está la confesión de la verdad.

Lo que daba cuerpo a la esperanza de esta fe no era una prosperidad material abundante, ni la bendición terrenal de un pueblo que Dios reconocía como suyo. Se trataba de la vida eterna que él prometió en Cristo antes del mundo, ajena a este, pero con un gobierno equivalente a la manifestación del carácter de Jehová.

Era la vida eterna vinculada con la naturaleza y carácter divinos. Teniendo en Dios el origen, el pensamiento de su gracia se declara en Cristo, antes del mundo donde fue introducido el primer hombre como persona responsable, y contando desde la historia de su fracaso hasta la aparición del segundo Hombre, la cruz en la que llevó por nosotros las brutales consecuencias de todo este estrépito, con lo que nos proporcionó la vida eterna de gloria plena, y en cuya esfera se desarrollaba el gobierno divino sobre todo lo que le estaba sometido. Es algo muy distinto a la comunión de una vida que uno refleja al participar de su naturaleza. Esta es la esperanza del evangelio (no hablamos aquí de la asamblea), el tesoro secreto de la fe de los elegidos que nos asegura la palabra revelada.

«Prometida antes de la fundación del mundo» es una extraordinaria expresión. Uno es admitido a los pensamientos de Dios antes de la aparición de esta escena confusa y mutante, que testifica tanto de la fragilidad y el pecado de la criatura como de la paciencia de Dios y sus caminos de gracia y gobierno. La vida eterna está relacionada con la naturaleza divina e inmutable, con consejos tan eternos como las promesas con las que él es incapaz de engañarnos, pues no puede ser infiel. Nuestra parte en esta vida ya existía antes de fundarse el mundo, no solo en los consejos divinos y en el Hijo, sino en aquellas otras promesas que se le dieron para que tuviéramos nuestra porción en Él. Constituían el tema de unas comunicaciones del Padre con el Hijo, de las cuales éramos objeto. Maravilloso conocimiento que se nos ha dado de la comunicación celestial, cuyo depositario filial hizo que pudiéramos comprender el interés con que éramos considerados en los pensamientos de Dios antes del tiempo.

El significado de la Palabra se vuelve más claro y preciso en este punto. Comunica en el tiempo los pensamientos eternos de Dios en Cristo, busca y encuentra al hombre bajo el poder del pecado y le revela su paz y libertad, mostrándole la manera en que puede tener parte en el resultado de estos pensamientos. Pero no son nada más que el plan, el propósito eterno de la gracia de Dios, que nos concede la vida eterna en su Hijo, una vida que existía antes del mundo. La palabra se predica, se manifiesta, es decir, revela estos pensamientos divinos que nos dieron la vida eterna en él, prometida antes de los siglos. Los escogidos, al creer, poseen esta vida y tienen el testimonio en sí mismos. La Palabra es la revelación pública en la que se fundamenta la fe, y tiene autoridad universal en las conciencias de los hombres, ya sea que la reciban o no. Igual que en el pasaje de 2Ti 1:9, 10, la Palabra se presenta como salvación, la que entonces fue manifestada.

Démonos cuenta de que la fe aquí se refiere a algo personal, a una verdad conocida, una fe que solo los elegidos pueden tener tras poseer la verdad que Dios enseña. También es utilizada por el sistema cristiano como contraste con el judaísmo, y tenemos el secreto de Dios expuesto ante una ley promulgada para un pueblo de profesión terrenal. Esta promesa, soberana en sus términos aplicativos, se remonta a antes de los siglos revelados, y se le encomendó de forma especial al apóstol para que pudiera anunciarla mediante la predicación. A Pedro se le encomendó el evangelio más en relación con el cumplimiento de las promesas a los padres, lo que Pablo reconoce, junto con los sucesos evangélicos que las confirmaron y permitieron su desarrollo a través del poder divino manifestado en la resurrección de Jesús, el testigo del poder de esta vida. Juan presenta la vida más en conexión con la persona de Cristo, comunicada después a nosotros como fruto.

El apóstol no posee la misma confianza en Tito que en Timoteo, no le abre tanto su corazón. Tito es un siervo amado y fiel, también el hijo del apóstol en la fe, pero con él Pablo no comunica sus desvelos y descontento ni desnuda su alma como hace con Timoteo. Contar todo lo que uno ve en la obra que está haciendo es angustioso y desalentador, y evidencia el hecho de que tiene que nacer antes la confianza mutua. Uno confía, en lo que respecta a la obra, y habla de ella refiriéndose a sí mismo y a todos, sin ponerse límites ni medida alguna, pensando en lo lejos que debe poder aventurarse hablando de lo que siente acerca de cualquier cosa. Esto hace el apóstol con Timoteo, y el Espíritu Santo ha querido describirnoslo de buen grado. Cuando Pablo escribió a Timoteo, llenaba su mente la doctrina, que el enemigo manipulaba intentando provocar la ruina de la asamblea. Los obispos eran objeto de otro tipo de reflexión. En cambio, aquí ocupan un lugar principal. Pablo había dejado a Tito en Creta para poner en orden una serie de cosas defectuosas y ordenar ancianos en cada ciudad, tal como le había dicho que hiciera. No es cuestión de describir el carácter que convenía que exhibiera quien deseaba el cargo de obispo, sino su ordenación. Para esta tarea, Tito contaba con la autoridad de parte del apóstol. Se le explican las cualidades que iba a tener que necesitar para tomar decisiones basadas en la sabiduría apostólica. Por una parte, Tito estaba investido por el apóstol de autoridad para ordenarlos, y por otra había recibido su enseñanza sobre los requisitos que acompañaban a sus credenciales. La autoridad apostólica y la sabiduría convergieron en él para hacerle competente a la hora de acometer esta seria e importante tarea.

Este delegado apostólico estaba autorizado a poner en orden todo lo que fuera necesario para el bienestar de las asambleas cretenses. Una vez que habían sido fundadas, necesitaban instrucciones acerca de los muchos detalles de su camino, por lo que el apostolado era un requisito para poder dárseles y establecer a funcionarios. Esta era la tarea que el apóstol había autorizado para poder contar con la fidelidad de Tito, quien se hallaba preparado para presentarse con su propia autoridad, transmitida boca a boca y aquí por escrito. Así que, si alguien rechazaba a Tito, rechazaba al apóstol y en consecuencia al Señor, quien le había enviado. La autoridad en la asamblea de Dios es un asunto serio, procede de él mismo. Puede ejercerse por el influjo de un don divino, o por medio de funcionarios que Dios establece mediante los instrumentos escogidos y enviados a este propósito.

No es necesario que entremos en los detalles de las calificaciones que se precisan para ocupar adecuadamente una vacante de obispo. En general, son las mismas que menciona la epístola a Timoteo. Son cualidades, no dones, que a nivel moral, circunstancial y testimonial reflejaban la aptitud del individuo para el cargo de centinela de los demás. Puede que nos sorprenda la ocasión con la ausencia de un flagrante mal comportamiento en estas asambleas, pero las congregaciones eran más sencillas de lo que la gente se imagina, y los miembros que las componían hacía poco que habían dejado atrás los hábitos más deplorables. Por consiguiente, era necesaria una conducta que se ganara el respeto de los demás antes que poder otorgar su peso al ejercicio del oficio de superintendencia. También era preciso que el que estaba investido con este cargo pudiera convencer a los refutadores, cosa que deberían hacer sobre todo entre los judíos, que en todas partes y de manera constante se hallaban activos, oponiéndose a la verdad con astucia y pervirtiendo la mente.

El carácter de los cretenses ocasionaba otros problemas que requerían con urgencia aplicar el ejercicio de la autoridad. El judaísmo se confundía como resultado del carácter nacional de aquellos, por eso era imprescindible permanecer firme y obrar con potestad para continuar adelante con una fe íntegra.

Tito tenía que hablar de lo concerniente a las ordenanzas y tradiciones, estas malditas plagas de la iglesia que provocaban a celos a Dios contradiciendo su gracia y exaltando al hombre. Tan pronto había algo que no era puro, como aparecía otra cosa que el mandamiento condenaba. Dios reclama la atención del corazón. Para los puros todas las cosas son puras, pero un corazón manchado no necesita evadirse para darse cuenta de dónde radica su impureza, y le conviene que sea así para olvidar lo que alberga dentro. Tienen la mente y la conciencia

corrompida, dicen que conocen a Dios, pero le niegan con sus hechos y se vuelven infructuosos para toda obra realmente buena.

## Capítulo 2

Tito, que además de la ordenación de ancianos que debía imponer tenía que velar por el orden y la moral del camino de los creyentes, estaba encargado de mirar que en la posición que ocupaba cada cual caminase acorde con un relativo decoro moral. Esto era realmente importante, puesto que protegía de los ataques de Satanás y de la confusión en la asamblea. La verdadera libertad reina en la iglesia, asegurada por el orden moral, y el enemigo no halla mejor ocasión de deshonorar al Señor y echar a perder el testimonio que causando gran alboroto y permitiendo que el mundo lance sus blasfemias sobre los cristianos, haciendo que se olviden la gracia y el orden santo. No nos engañemos. Si no se mantienen una serie de normas, apreciadas y hermosas como la libertad —desconocida por el mundo que no sabe qué es la gracia—, entonces la gloriosa libertad de la vida cristiana da paso al desorden que trae deshonor al Señor y provoca la confusión en todos los sitios.

Al percibir que la debilidad humana había motivado el desorden donde antes reinaba la libertad, los cristianos, en lugar de poner realmente remedio, la destruyen aún más desterrando el poder y la operación del Espíritu, pues donde solían existir también había gozo en las relaciones que los mantenían unidos. Aunque en determinadas ocasiones se rompa esta unidad por causa del Señor, el Espíritu reconoce toda relación que Dios forma, incluso cuando la rompemos, como esa que la muerte trunca por una exigencia de la llamada de Cristo, inapelable frente a todo lo demás. Pero mientras nos encontremos en estas relaciones, al margen de esta llamada tenemos que actuar en consecuencia para con todos. La juventud y la edad adulta, el marido y la esposa, los hijos y los padres, amos y esclavos, todos tienen su norma para con los demás y un comportamiento que mostrar en línea con la posición que ocupan.

La sana doctrina tiene todo esto en muchísima consideración, por lo que mantiene vivas estas relaciones con cada una de sus exhortaciones. Esta es la enseñanza del apóstol para Tito, en cuanto a los de edad avanzada se refiere, y a los emparentados con sus respectivos maridos y esposas, que junto a sus hijos deben mostrar modestia en la vida familiar. Para los jóvenes, debía ser siempre un modelo a seguir, como lo eran para los esclavos sus amos: en definitiva, en las obligaciones de todos hacia los magistrados y hacia el resto de personas. Pero antes de ocuparse de ello, el apóstol establece los principios que servirán de base a la conducta de los santos en el mundo. Su conducta hacia los jueces y el mundo mostraba un color diferente.

El comportamiento de los cristianos en la asamblea tiene como base y motor las doctrinas especiales del cristianismo, que hallamos en los versículos 11 al 15. El motivo especial que marca el carácter de su camino, con relación al mundo, lo hallamos en el tercer versículo y siguientes del capítulo tres.

Los versículos 11 al 15 del presente capítulo resumen extraordinariamente bien el cristianismo, no exactamente sus dogmas, sino su realidad práctica para los hombres. Ha surgido la gracia que no se limita a un pueblo en particular, sino a todas las personas; no viene cargada de promesas ni bendiciones temporales, sino de salvación. Viene de Dios hacia los hombres y les ofrece salvación, sin esperar a cambio ningún tipo de justicia. Trae de su parte la salvación a quien de veras la necesita. He aquí una verdad sencilla que ha sabido franquear todas las barreras y dirigirse a todo el mundo, gracias a la soberana bondad divina.

Habiendo traído esta salvación, el apóstol nos enseña cómo debe ser nuestro paso por este mundo, la forma en que se nos aplica y nuestra relación con Dios y los demás. Renunciando a toda impiedad y codicia, lejos de recibir gratificaciones mundanas hemos de sujetar la voluntad de la carne en todos los sentidos y vivir de forma sobria y honrada, reconociendo los derechos de otros, al tiempo que aceptamos los derechos de Dios en el corazón y ejercitamos la piedad.

Nuestro futuro también lo ilumina la gracia, que nos enseña a seguir expectantes ante aquella esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.

Ha aparecido la gracia, que nos enseña cómo hemos de caminar esperando la gloria en la persona de Jesucristo. Nuestra esperanza está bien justificada. Cristo tiene un justo valor para nosotros, y podemos estar plenamente confiados pensando en su gloriosa manifestación, así como en la más poderosa razón de una vida entregada a su gloria. Se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí a un pueblo que le perteneciera por derecho propio, celoso de buenas obras, conforme a Su voluntad y naturaleza.

Esto es el cristianismo. Provee todo el pasado, presente y futuro tal como Dios se propuso. Nos libera de este mundo y nos transforma en un pueblo apartado para Cristo, según el amor con que se dio a nosotros. Se trata de una purificación que nos consagra a él. Le pertenecemos por ser su especial porción, su posesión en el mundo, animados por su amor y siendo capaces de hacer el bien a los demás, dando testimonio de su gracia. Un valioso testimonio en su realidad práctica y una obra misericordiosa de Dios.

### Capítulo 3

Con respecto a la conducta de los cristianos hacia el mundo, la gracia ha desterrado la violencia y el espíritu rebelde que agita y ofusca los corazones de quienes no creen, originados en la voluntad que lucha por mantener sus derechos frente a los demás. El cristiano posee su porción, su herencia, en otra parte. Es apaciguado y dócil para hacer el bien, aunque haya otros que sean violentos e injustos con él, y se ayuda con el recuerdo de que una vez fue lo mismo que ellos. He aquí una lección difícil de aprender, pues la violencia y la injusticia revuelven el corazón. Pero el pensamiento de que podemos pecar y que antes éramos también esclavos, produce paciencia y piedad. La sola gracia marca la diferencia, y conforme a ella hemos de obrar para con los demás.

El apóstol ofrece un resumen de extrema gravedad de las características del hombre carnal, lo que una vez fuimos. Nuestros pecados eran la locura y la desobediencia; engañados, esclavizados por la codicia, estábamos poseídos por su maldad y la envidia, y siendo aborrecidos detestábamos a los demás. Así es la criatura señalada por el pecado. Pero la bondad de un Dios-Salvador, su buena voluntad y caridad, dulce e inestimable, se ha manifestado a todos los hombres. El carácter que él asumió es de Salvador, un nombre que le dan estas tres epístolas para que podamos llevar su sello y llenar el espíritu. Nuestro camino y conducta hacia la gente dependen de los principios de nuestra relación con Dios. Lo que nos hace distintos no son nuestros méritos ni nuestra superioridad, pues antes éramos como todos los demás. Todo se debe al amor tierno y a la gracia del Dios misericordioso, que ha sido bueno y clemente. Hemos conocido sus virtudes y lo que también significan para otros. Al limpiarnos y renovarnos, la misericordia divina obró a través de un principio y esfera vital totalmente desconocidos para nosotros para evitar que anduviéramos como lo hacíamos, que fuéramos capaces de actuar con los que siguen en el fango del mundo como hizo Dios al sacarnos de él, y pudiésemos gozar de esas cosas que, según el principio de la gracia, deseamos que los demás disfruten también. El sentimiento de lo que una vez fuimos, y la manera en que Dios ha obrado con nosotros, se combinan para formar la norma de nuestra conducta.

Cuando se manifestó la bondad de un Dios Salvador, no fue un fenómeno vago e impreciso. Nos ha salvado, no por obras de justicia que hayamos podido hacer, sino por su misericordia, con nuestro lavamiento y renovación. Este es el doble aspecto que presenta la obra en nosotros, las mismas dos cuestiones que vemos en Juan 3 en la conversación del Señor con Nicodemo, salvo que aquí se añade lo que ahora ocupa su posición como consecuencia de la obra cristiana, la que el Espíritu Santo derrama abundantemente en nosotros para inyectar la fuerza de esa nueva vida que brota de él. Estamos lavados y limpios. Limpios de nuestras pasadas costumbres,

pensamientos y deseos; quedó limpia una cosa que existía. El hombre era moralmente malo y estaba contaminado en su vida interior religiosa, pero Dios nos ha salvado purificándonos, y no podía ser de otra manera. Para poder estar en buenas relaciones con él, tiene que haber existido una pureza real.

Esta purificación fue demoledora. No se trataba de la forma del vaso, sino que había que conseguir realizarla mediante la regeneración, sin duda por la comunicación de una vida nueva y del origen de unos pensamientos nuevos, acerca de la nueva creación de Dios, que fuéramos capaces de disfrutar de su presencia en la luz de su semblante, por lo que esta purificación significó una transición del estado en que nos encontrábamos hasta alcanzar uno totalmente novedoso, de la carne mortal al estado del Cristo resucitado.

Hay un poder que actúa en esta vida nueva y acompaña al cristiano. No se trata meramente de un cambio subjetivo, como suele decirse. Un Agente divino se muestra activo infundiendo lo que él es como fuente: el Espíritu Santo. Dios obra en la criatura, puesto que es por medio del Espíritu que lo hace de forma inmediata, y bajo este carácter espiritual lleva a cabo dicha transformación. Se trata de una inauguración de pensamientos relacionados con lo divino, no solo de una facultad vital, una energía que nos produce la novedad.

Se ha planteado cuál es el momento en que sucede esta renovación espiritual, si al comienzo o después de la regeneración a la que se refiere el apóstol. Yo creo que él expone la enseñanza según el carácter de la obra, al añadir: «... derramado sobre nosotros» (lo que caracteriza a la gracia de este actual periodo), para mostrarnos que hay una verdad adicional, es decir, que el Espíritu Santo sigue manteniendo con su poder el gozo de la relación a la que nos ha llevado. El hombre es limpiado en lo que respecta al nuevo orden de cosas, pero el Espíritu conforma el origen de una vida nueva y de pensamientos totalmente innovados, no solo de un nuevo ser moral, sino de la comunicación de todo aquello gracias a lo cual progresa la nueva vida. No podemos separar la naturaleza de los objetos respecto de sí mismos, ya que crean la esfera de su existencia.

El Espíritu Santo produce los pensamientos, crea y da forma a todo el ser moral del hombre nuevo. El pensamiento y lo que es pensante no pueden desligarse, en el plano moral, cuando es el corazón el que está ocupado de estas cosas. El Espíritu es la fuente de todo en el hombre, que ha sido salvado en última instancia.

El Espíritu Santo no solo proporciona una nueva naturaleza, sino que nos la da en relación con un orden completamente nuevo de cosas (una nueva creación), llenando nuestros pensamientos de lo que existe en otra creación. He aquí la razón de que, a pesar de hallarnos en ella, esta obra de naturaleza espiritual continúe, porque siempre nos comunica más y más de las cosas de este mundo nuevo al que nos ha llevado. Toma de las cosas de Cristo y nos las muestra, y todo lo que el Padre tiene es de Cristo. Pienso que «la renovación del Espíritu Santo» engloba todo esto, ya que también dice: «... a quien derramó sobre nosotros abundantemente». Se trata de que opera en nosotros, no solo de que somos nacidos de él, por lo que nos comunica todo lo que es nuestro en Cristo.

El Espíritu Santo se derrama abundantemente sobre nosotros a través de Jesucristo, para que una vez justificados por la gracia del Salvador seamos herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Creo que el antecedente *para que* señala en la frase al lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, y que «él derramó abundantemente a través de Jesucristo...» forma un paréntesis para decirnos que tenemos la plenitud del gozo de estas cosas por el poder espiritual.

La verdad nos salvó por medio de esta renovación para llegar a heredar la esperanza de la vida eterna. No es nada externo, terrenal o corpóreo. La gracia nos ha dado vida eterna, y para ello hemos sido justificados por la gracia en Cristo. Así que hay energía, poder y esperanza en el rico don del Espíritu Santo. Y para participar de él, fuimos justificados por su gracia. Nuestra herencia se encuentra en el gozo incorruptible de la vida eterna.

Dios nos salvó no por obras, ni por medio de ellas ni nada de lo que somos, sino por su misericordia. Actuó para con nosotros según las riquezas de su gracia, según los pensamientos de su corazón.

El apóstol deseaba que Tito se ocupara de estas cosas, de aquello que nos lleva, mediante la acción de gracias, a una relación práctica con Dios y nos hace sentir cuál es nuestra porción eterna delante de él, qué es lo que obra en nuestra conciencia, llenándonos de amor y de buenas obras, y hace que respetemos las relaciones de las que él constituye el centro. Nos relacionamos con Dios según sus derechos, nos hallamos en su presencia, y en ella nos hace saber todo lo que se origina de él y que él mismo estableció para que la conciencia lo respetara.

Las cuestiones y discusiones vanas de la ley es lo que Tito tenía que eludir, junto con aquello que pudiera destruir la simplicidad de nuestra relación con Dios, según la posterior revelación de sí mismo y de su voluntad en Jesucristo. Con la ley y la justicia humana, el judaísmo gnóstico se establece como una dominante de la simplicidad del evangelio —aquello que a través de seres intermediarios es capaz de destruirlo—, y del carácter inmediato de nuestra relación con el Dios de gracia.

Cuando un hombre trataba de hacer valer sus opiniones y creaba diferentes facciones en la asamblea, los hermanos tenían que rechazarle, tras haberle amonestado una y hasta dos veces. Había socavado la fe, y sus pecados le juzgarían. Nada contento con la asamblea de Dios y su verdad, quería inventar otra y añadirla de su cosecha. ¿Por qué se hacía llamar cristiano si la fórmula con la que Dios había establecido el cristianismo no le bastaba? Creando bandos con sus opiniones se condenaba a sí mismo.

Al final de la epístola entrevemos la actividad cristiana producida por el amor de Dios, los esfuerzos implantados para que la grey sacara provecho de toda la ayuda que él proporcionaba a la asamblea. Pablo deseaba que Tito acudiera, pero los cretenses necesitaban aún sus servicios, por lo que el apóstol propone que la llegada de Artemas o Tíquico (de sobra conocido por los servicios que había prestado a Pablo) fuera la condición que permitiera a Tito salir del campo donde estaba haciendo la obra. Vemos que también Zenas, magistrado, y Apolos, de un ferviente celo en Corinto, estaban dispuestos a ocuparse de la obra del Señor en Creta.

Fijémonos asimismo que tenemos dos clases de obreros: los que seguían relacionándose de forma personal con el apóstol, como compañeros que iban con él, y los que mandaba continuar en la obra empezada cuando él no podía seguir desempeñándola, puesto que trabajaban de forma voluntaria e independiente. Sin embargo, no brotaba ninguna raíz de celos de estas dos maneras de trabajar. Pablo no descuidaba al rebaño que le era tan querido, y se alegraba de que cualquiera con una fe recta pudiera regar lo que él había plantado. Anima a Tito a que les muestre todo el afecto y les provea de todo lo que necesitaran para sus viajes. Este pensamiento parece sugerir el consejo de que los cristianos supieran la forma de producir un trabajo útil, cubrir las necesidades de los otros además de las propias.

El apóstol termina su epístola con los saludos que siempre genera el amor cristiano, y tal como vimos al principio, no muestra aquí la misma anchura de corazón que en sus comunicaciones con Timoteo. La gracia es la misma en todas partes, pero hay distintos afectos y relaciones dentro de la asamblea de Dios.

## EPÍSTOLA A FILEMÓN

### Introducción

Esta epístola, conocida por su belleza y el interés que suscita, no precisa de muchos comentarios. Es una expresión del amor que obra gracias al Espíritu en la asamblea de Dios, en todas las circunstancias de la vida personal.

Escrita con el propósito de despertar en Filemón los sentimientos que ciertos sucesos tenían tendencia a apagar en su corazón, la carta es muy oportuna para despertarlos también en los lectores, más que ofrecer una exposición alejada de este fin.

Presenta una bella descripción de la manera en que la ternura y el poder del amor de Dios, que obran en el corazón, se ocupan también de cada aspecto que pudiera herirlo y de esas otras situaciones que favorecen su crecimiento. Desde este punto de vista, la epístola es tan importante como hermosa. Esta tierna y delicada exposición en medio de los ingentes esfuerzos del apóstol por diseminar la obra, y de las verdades importantísimas que formaban la base para la relación en Cristo de todas las criaturas, arroja un carácter muy distintivo del cristianismo y muestra su naturaleza divina, dado que es Dios quien revela las verdades más profundas y les otorga el lugar que les corresponde en el círculo de los pensamientos divinos, tanto a la hora de referirse a algo ya conocido como de comunicarlo por primera vez. También puede, tratándose del Espíritu del Dios amoroso, llenar el corazón con consideraciones solo sugeridas por el amor, con una dignidad y tacto que, al ser aplicadas, hablan del origen y nos enseñan que, sea cual fuere la grandeza de Sus pensamientos, él tiene total libertad de sopesarlo todo.

Cuando la mente humana se halla ocupada en temas elevados, siente su peso y se dobla bajo su carga; queda absorta en ellos y tiene que abstraerse para poner atención. Dios revela sus pensamientos y, por inabarcables que sean para la mente humana, discurren con la transparencia y la capacidad de difusión que les es natural cuando los comunica por medio de unos instrumentos escogidos libres para amar, pues el Dios que los utiliza y los inspira es amor. Parte esencial de esta tarea es presentarle a él de este modo, más incluso que hablar de la profundidad de las cosas. Por consiguiente, cuando son motivados por este amor, el matiz de los pensamientos de quien los transmite demuestra ser divino (pues Dios es la fuente del amor), a través de una perfecta consideración hacia los demás y de la atención más firme puesta en las cosas que sienten sus corazones.

Este amor continúa desarrollando las relaciones formadas por el Espíritu Santo en los miembros del cuerpo de Cristo, entre hombres y mujeres. Originándose de una fuente divina, y alimentados siempre por ella, los afectos cristianos asumen la forma de reflexión humana, y cuando exhiben el amor y lo contrario del egoísmo, llevan la marca de lo que los originó. El amor, libre del yo, puede pensar y piensa en todo lo que concierne a los demás, comprendiendo lo que les afecta.

Como esclavo fugitivo, Onésimo se había convertido por medio del apóstol Pablo cuando este estaba preso, y Filemón, un hombre rico, o al menos con posibles, recibía a la asamblea en su casa (su esposa también estaba convertida). Trabajaba, según sus capacidades, para la obra de Dios. Arquipo servía al Señor ministrando a la asamblea —tal vez fuera evangelista—, pero también participaba de los conflictos del evangelio y permanecía al lado de Filemón.

Al mandar de vuelta a Onésimo, el apóstol se dirige en realidad a toda la asamblea, lo que explica que leamos las palabras «gracia y paz», no «misericordia», como sucedía con los individuos a los que escribían los apóstoles. Su petición, en nombre de Onésimo, la hace a Filemón, pero por otra parte la asamblea entera tenía que interesarse en este amado esclavo que volvía transformado en un hijo de Dios. Sus corazones cristianos respaldan a Filemón y dan fe de su conducta, aunque el apóstol esperaba de él, como siervo fiel, el perdón y un gesto de amabilidad hacia Onésimo.

Como era costumbre en Pablo, reconoce todo lo bueno que hay en Filemón y lo utiliza para que dejara correr libremente las emociones de la gracia, aparte de la excitación que le causara



el regreso de Onésimo o el disgusto que Satanás intentase ocasionarle. El apóstol quería que todo lo que Onésimo deseaba fuera demostrado con las acciones del propio Filemón. La concesión de este privilegio a su anterior esclavo, incluso un cálido recibimiento como hermano, tenía una connotación totalmente distinta, en este caso, a una orden impuesta por el apóstol, pues lo que estaba en juego eran los vínculos del amor y el afecto cristiano. No olvidaba el derecho que tenía de imponérsela, pero la aparcó y se centró más en su petición, al tiempo que sugería que la comunión de la fe de Filemón con toda la asamblea de Dios, y con él mismo —la forma en que su fe le hacía conocido entre las distintas actividades del amor cristiano, con el Señor, y los obreros que el apóstol había designado para que trabajasen en la asamblea (fe que con tanta dignidad se plasmaba en Filemón)—, tuviera su pleno resultado en el momento de aceptar los derechos del apóstol en su corazón. El versículo 6 tiene que leerse así: «... todo lo bueno que hay en nosotros».

Es estupendo ver la mezcla de afecto del apóstol por Onésimo en la preocupación que suscita la súplica para conmover el corazón de Filemón, junto con el sentimiento que le inspiró a confiar, de forma plena, en los afectos bondadosos de este leal hermano. Era en realidad probable que el regreso del fugitivo despertara unos afectos en él. El apóstol añade algo en su epístola con motivo de su amado hijo en la fe, nacido en el tiempo de su cautiverio. Dios interrumpió la obra de su gracia para obrar en el corazón de Filemón, y que se generasen unas relaciones nuevas con Onésimo. El apóstol le ruega que reciba a su anterior esclavo como hermano, pero es evidente que, aunque Pablo deseaba que fuera un gesto espontáneo del maestro, al que habían causado daño, esperaba que le recibiera con privilegios. Sea como fuere, se hace responsable de todo por causa de su amado hijo. Conforme a la gracia, Onésimo era ahora más provechoso para Filemón y Pablo que antes, cuando la carne quiso que se tornara un siervo renegado y desagradecido. Esto debería ser causa de regocijo. Pablo hace una alusión al nombre de Onésimo, que significa «provechoso». Finalmente, le recuerda a Filemón que había contraído una deuda con Pablo por su salvación, por su vida como cristiano.

En aquellos momentos, Pablo estaba prisionero en Roma. Dios había llevado a Onésimo hasta allí, donde fue finalmente restaurado y conducido a la salvación y al conocimiento del Señor, a fin de que nosotros pudiéramos ser enseñados, y Onésimo pasara a ocupar su posición en la asamblea cristiana<sup>21</sup>. Por lo visto, esto ocurre casi al final de las prisiones del apóstol, quien espera ser soltado pronto, por eso le dice a Filemón que le prepare alojamiento.

En la epístola a los colosenses encontramos otra vez los mismos nombres. El apóstol dice allí «Onésimo, que es uno de vosotros», o lo que es lo mismo, que era de Colosas, lo cual parece probable porque vemos la exhortación a Arquipo de no hacer oídos sordos al ministerio. El hecho de que el apóstol hable así de Onésimo a los cristianos colosenses es otra prueba de su amor solícito por este nuevo converso. Le encomienda a los corazones de la asamblea, y envía la carta que escribió por mano de Tíquico. En la epístola a los efesios no hay saludos, pero Tíquico es su portador. Timoteo se suma a la despedida de Pablo en la carta a los colosenses, como en esta a Filemón. No pasa lo mismo con la epístola a los efesios, pero une nuevamente sus nombres en la mención a los filipenses, a quienes el apóstol esperaba enviar pronto a Timoteo.

No saco ninguna conclusión de estos últimos detalles, pero nos ofrecen la base para seguir investigando. Cada una de las cuatro epístolas se escribió durante la cautividad del apóstol en Roma, mientras esperaba ser liberado.

Finalmente, lo que tenemos que destacar de esta epístola, sobre todo, es el amor que reinaba y producía un fruto en el centro íntimo de su propio círculo (guardado en todas partes mediante una exposición sin igual de la doctrina), y que extendía el aroma de la gracia a través

---

<sup>21</sup> Creo que por la forma que tiene de hablar el apóstol, pensaba que Onésimo sería un buen instrumento de Dios en la asamblea y útil para el servicio del Señor. Le hubiera gustado que se quedara a su lado y poder compartir con él los vínculos del evangelio, pero respetaba su amistad con Filemón. Iba a ser mejor para el alma de Onésimo reconocer el daño que le había hecho a su maestro y humillarse, y puesto que tenía que quedar libre, recibir el abrigo del amor que Filemón ya le profesaba.

de unas relaciones en las que todos los hombres se mantenían unidos, ocupándose de los detalles de la vida con una buena conducta y reconociendo el derecho que los asistía.